

El noreste de Morelos y la desestabilización teotihuacana

Con el término “noreste de Morelos” me refiero al área comprendida por las laderas meridionales de la serranía que cierra la Cuenca de México por el sureste y el tramo inicial de tierra caliente que arranca de su somontano. Es un área drenada por los primeros ramales del sistema hidrológico del Río Balsas, ecológicamente diversa como consecuencia de su topografía. Warman,¹ en su estudio del campesinado de la región, distinguió tres bandas altitudinales a lo largo del Amatzinac: la tierra fría, que arrancaría de los pinares de la Sierra Nevada; la tierra templada, que comenzaría hacia la cota de 1 750 m sobre el nivel del mar y la tierra caliente, con altitudes inferiores a los 1 500 m. El esquema tiene aplicación general en todo el noreste de Morelos; contiene, sin embargo, importantes desviaciones producto del patrón de circulación del aire: tierras que se considerarían de alto riesgo por su altitud, pueden estar libres de heladas; no debe extrañar, entonces, que algunos de los sitios arqueológicos más grandes del Amatzinac se encuentren próximos o dentro de la banda de tierra fría, o que el sitio de mayores dimensiones en el área estudiada, Tepetlixpa, se encuentre en el corredor que conecta la Cuenca de México con la región de Cuautla, a más de 2 300 m sobre el nivel del mar.

A esta heterogeneidad ambiental se suma una diversidad cultural, manifiesta al menos en la última parte de la historia prehispánica del área: Tepoztlán, Tlayacapan, Totolapan, Ocuituco, Hueyapan y Zacualpan parecen haber sido, entre otros, asentamientos xochimilcas en las márgenes del territorio tlahuica.² Como tales, integraron, en el Postclásico tardío, parte del noreste de Morelos a un dominio con centro en la Cuenca de México.

Hasta principios de la década de los setenta, la historia prehispánica del noreste de Morelos era poco conocida: eran contados los trabajos arqueológicos en qué apoyarla; de hecho, sólo dos sitios habían sido estudiados: Tepoztlán y Chalcatzingo. Del primero existía un trabajo de registro y una intervención menor de conservación de Francisco Rodríguez³ que se sumaban a la investi-

*Dirección de Investigación y Conservación del Patrimonio Arqueológico, INAH.



● Fig. 1 Cobertura del noreste de Morelos

gación de Seller⁴ de los glifos contenidos en la llamada Pirámide del Tepozteco. En Chalcatzingo, Piña Chan⁵ había realizado excavaciones de alcance relativamente modesto, que se sumaron a la primera descripción de la escultura monumental del sitio, hecha por Eulalia Guzmán,⁶ así como al trabajo posterior, más extenso, de Carlo Gay.⁷ Las investigaciones de Chalcatzingo reabrieron la discusión acerca del origen de los olmecas. Piña Chan propuso, en aquel entonces, la existencia de dos desplazamientos: el primero, con “posible foco de dispersión[...] en la confluencia de los estados de Puebla, Morelos y Guerrero”,⁸ estaría fechado hacia 900-700 a.C.; el segundo, asociado a la producción de escultura monumental, sería posterior a 500 a.C. y se habría dado en sentido inverso (desde la llamada área nuclear olmeca, en el sur de Veracruz y Tabasco, hacia el Centro de México). En su primera parte, la propuesta era congruente con la tesis de Covarrubias, para quien el origen de la “cultura madre”, productora del estilo olmeca, debía fijarse al sur de la Cuenca de México, en Oaxaca-Guerrero.⁹ Ambas tesis pasaron al olvido al darse a conocer los resultados de trabajos posteriores, en especial el de Coe¹⁰ en la década de los sesenta; recientemente, con las exca-

vaciones de Copalillo,¹¹ han sido reconsideradas.

Chalcatzingo y Tepoztlán, sumados a la relativa profusión de fuentes escritas del siglo XVI sobre el último periodo del desarrollo prehispánico, hicieron que el noreste de Morelos fuera visto como región de olmecas y tlahuicas-mexicas. Unos localizados en el Preclásico medio y otros en el Postclásico tardío, dejaban un vacío de casi 2000 años de historia de las comunidades prehispánicas en el área.

En la década de los setenta se iniciaron nuevos trabajos en Chalcatzingo, esta vez bajo la dirección de David Grove. El proyecto no estuvo dirigido tanto a cubrir ese gran vacío que existía en la historia cultural del no-

reste de Morelos como a producir nueva evidencia relacionada con el viejo “problema olmeca”. Uno de los trabajos periféricos que se hicieron dentro del proyecto consistió en el reconocimiento de superficie de una extensa zona alrededor del sitio; el trabajo fue realizado por Ken Hirth siguiendo, en gran medida, la estrategia y los planteamientos básicos de la investigación previa de Sanders en la Cuenca de México. Fue el primer trabajo de esta naturaleza en Morelos; permitió recuperar información importante para la construcción de propuestas acerca del Clásico de la región. Para el valle del Amatzinac, Hirth, preocupado sobre todo por explicar la relación de la región con Teotihuacan, sugirió la existencia de una primera fase en la que las comunidades morelenses, socialmente jerarquizadas, se habrían insertado, sin pérdida de autonomía política, en la red de intercambios controlada por ese gran centro urbano; en una segunda fase, caracterizada por un significativo incremento poblacional y una economía de alta productividad agrícola, esas comunidades se habrían integrado como tributarias a su dominio. En apoyo a esta idea, Hirth destacó la proliferación, en el Clásico temprano, de caseríos y pequeñas aldeas agrupadas alrededor del “gran centro cere-

monial” de San Ignacio, ubicado cerca de Tenango, así como la tendencia a ocupar tierras próximas a barrancas poco profundas.¹²

La importancia de la relación entre Teotihuacan y el noreste de Morelos fue apoyada por otros descubrimientos en la misma época. Martínez Donjuan,¹³ excavando en Las Pilas, sitio muy cercano a Chalcatzingo, encontró una importante presencia teotihuacana en las ofrendas de sus entierros. El sitio se sumaba al ya mencionado de San Ignacio —el cual llama la atención por su extensión y la abundancia relativa de material de filiación teotihuacana— así como al de El Palacio, al oeste del mismo San Ignacio; se sumaba también a Chalcatzingo, donde acababa de encontrarse un juego de pelota de la fase Xolalpan¹⁴ y el cual, junto con la estructura que había excavado Piña Chan¹⁵ en el mismo sitio, parecía configurar un asentamiento del Clásico de proporciones significativas. Hirth y Angulo, en su síntesis de la presencia teotihuacana en Morelos, reforzaron la idea de un importante desbordamiento cultural desde la Cuenca de México: para el noreste de Morelos consignaron material teotihuacano en los sitios de Oaxtepec, Pantitlán, Itzamatitlán, Ticumán, Cuautlixco, Olintepepec, y un asentamiento sin nombre entre Casasano y Tetelcingo.¹⁶

Con ese marco de referencia, a comienzos de la década de los ochenta la ENAH inició en la región trabajos de superficie y de excavación. El punto de partida del proyecto correspondiente fue el opuesto al suscrito en el trabajo mencionado de Hirth y Angulo: en el Proyecto Morelos de la ENAH se sostenía que en el Clásico y Epiclásico los valles de Morelos debieron haber tenido un desarrollo autónomo, relativamente al margen del proceso de constitución y desaparición del dominio teotihuacano, sin que esto implicara un aislamiento de la región de su vecino al norte; relaciones comerciales y la posible participación de un mismo sistema de creencias y de su simbología podían haber producido un determinado tránsito de mercancías entre ambas regiones, así como similitudes en el bagaje cultural, pero esos materiales y afinidades

no deberían oscurecer el esquema general de desarrollos independientes. Esta idea estaba basada en nuestra interpretación de los datos proporcionados por Sanders *et al.*¹⁷ acerca del patrón de asentamiento de la Cuenca de México. Según esta interpretación, la península de Ixtapalapa habría operado como límite sur del dominio teotihuacano. La idea se fundamentaba en que, a diferencia de las regiones de Texcoco, Zumpango y Tenayuca-Cuautitlán, cuyas dinámicas poblacionales parecen haber estado en gran medida determinadas por los procesos de crecimiento y desestabilización del centro urbano de Teotihuacan, las comunidades más meridionales de la cuenca no parecían haber respondido, demográficamente hablando, a esos procesos. Al menos no lo hicieron con la misma intensidad, lo cual es un aparente indicador de la existencia de una independencia política y económica o, alternativamente, de una discontinua y débil integración de estas comunidades al sistema teotihuacano de tributación. En efecto, el desmesurado incremento poblacional de la región de Texcoco durante la fase 211: 750-950 d.C. (10 veces el nivel de MH: 300-750 d.C.) puede interpretarse como un proceso de ruralización de la población del centro urbano; el fenómeno de abatimiento poblacional en Zumpango y en Tenayuca-Cuautitlán (del orden de 14 y 22%, respectivamente) pueden entenderse como un proceso paralelo al despoblamiento de Teotihuacan; pero la insensibilidad de Chalco-Xochimilco y de Ixtapalapa (el primero duplica su población en la fase 211 y el segundo la incrementa en un tercio de su nivel del Clásico) a la desaparición de la hegemonía de Teotihuacan no podía verse sino en términos de una situación de marginalidad. Esta interpretación de los datos de Sanders *et al.* nos hizo fijar el noreste de Morelos como una de las áreas clave para entender lo que habíamos definido como movimiento poblacional desde Teotihuacan hacia el exterior de su dominio.

El problema general por entenderse era el de la presencia teotihuacana fuera de su ámbito inmediato. Mucho se ha discutido sobre este tema. Se ha hecho notar, por ejemplo, que la zona de in-

fluencia de Teotihuacan se extendió por toda Mesoamérica: materiales y estilos teotihuacanos en lugares tan remotos como Kaminaljuyú y Tikal parecerían confirmar la aseveración. Esta amplia dispersión de materiales teotihuacanos se ha interpretado como producto de alianzas y, en última instancia, del reconocimiento de una hegemonía que habría trascendido el ámbito de lo ideológico y de la moda; en este sentido, se ha señalado la posibilidad de desplazamientos de, al menos, determinados segmentos de la población teotihuacana, específicamente de cuadros de élite. En el caso del Proyecto Morelos nos proponíamos contribuir no tanto al entendimiento de lo esporádico, limitado a ciertas esferas de la cultura material, o porcentualmente de poca monta, sino a lo generalizado y significativo por tratarse de “presencias teotihuacanas” en sentido estricto.

La hipótesis de la que se partió fue generada en un trabajo previo que se hizo en el sur de Querétaro y la cual pretendía explicar la presencia de materiales teotihuacanos a lo largo de lo que, más tarde, en el siglo XVI, sería la frontera norte de Mesoamérica. Lo que se dijo en esa ocasión fue: primero, que los materiales teotihuacanos en esa región eran muy escasos; de hecho, ni siquiera se podía decir que la región había sido afectada por el patrón cerámico de la Cuenca de México del momento, lo cual no deja de extrañar si se considera que a partir de él se generó una moda extensamente adoptada en Mesoamérica. Segundo, las pocas evidencias que se tenían de una “presencia teotihuacana” se concentraban en uno o dos sitios y se fechaban no hacia Metepec u Oxtotipac —las fases asociadas al colapso teotihuacano— sino hacia Xolalpan, momento del auge del centro urbano. Ambas invalidaban la posibilidad de asociar los materiales teotihuacanos a la tesis de que la dispersión humana ocurrió después del “colapso” del centro urbano. Las observaciones no eran congruentes con la idea de una expansión teotihuacana hacia el Norte de México durante el Clásico,¹⁸ pues faltaba por explicar la fuerte componente local de la región: el área estudiada había sido de 1 000 km² y en ella habían sólo

uno o dos sitios que apoyarían la tesis y cerca de 100 que apuntaban en la dirección contraria.

La hipótesis alternativa era que la presencia teotihuacana fuera de su ámbito inmediato, cuando ésta se refería a una verdadera trasposición cultural y no a una manifestación marginal dentro del contexto de un desarrollo local, era indicador de un desplazamiento de población teotihuacana que evadía la opresión de un sistema que había entrado en crisis, producto de un desequilibrio entre las demandas crecientes del grupo de élite y la capacidad productiva del sistema. Esa crisis, que se manifestaba en el registro arqueológico con cierto desfase temporal, se evidenciaba por la pérdida del aparato estatal de su capacidad de prevenir fisiones. La hipótesis partía de dos premisas. Una era que desde épocas anteriores al auge de Teotihuacan la tecnología mesoamericana aplicable a procesos asociados a la producción de bienes de consumo y de prestigio había alcanzado su máxima evolución, es decir, que el desarrollo teotihuacano se había dado bajo condiciones de tecnología constante. La otra era que, dada el fuerte componente ideológico en las condiciones de reproducción del sistema, no debía esperarse que la opresión ejercida por la élite teotihuacana se intentara superar por enfrentamiento directo: la evasión resultaba ser la forma de resistencia generalizada.

Esta hipótesis se trasladó al noreste de Morelos. A partir de ella se definieron tres áreas de estudio (fig. 1). La primera cubrió una franja de 450 km² entre las poblaciones de Yautepec y Yecapixtla. La segunda, con una superficie de casi 150 km², se localizó entre Hueyapan y Jantetelco; salvo por un pequeño traslape intencional por homogeneizar criterios, esta segunda área era una extensión hacia el norte del área trabajada por Hirth alrededor de Chalcatzingo. La tercera se ubicó en el corredor sur de Chalco-Amecameca-Cuautla y conectaba la franja Yautepec-Yecapixtla mencionada con el límite norte de la región Chalco-Xochimilco trabajada por Parsons como parte del Proyecto Cuenca de México; el área cubre poco más de 300 km², la

mitad de los cuales están dentro del Estado de México.

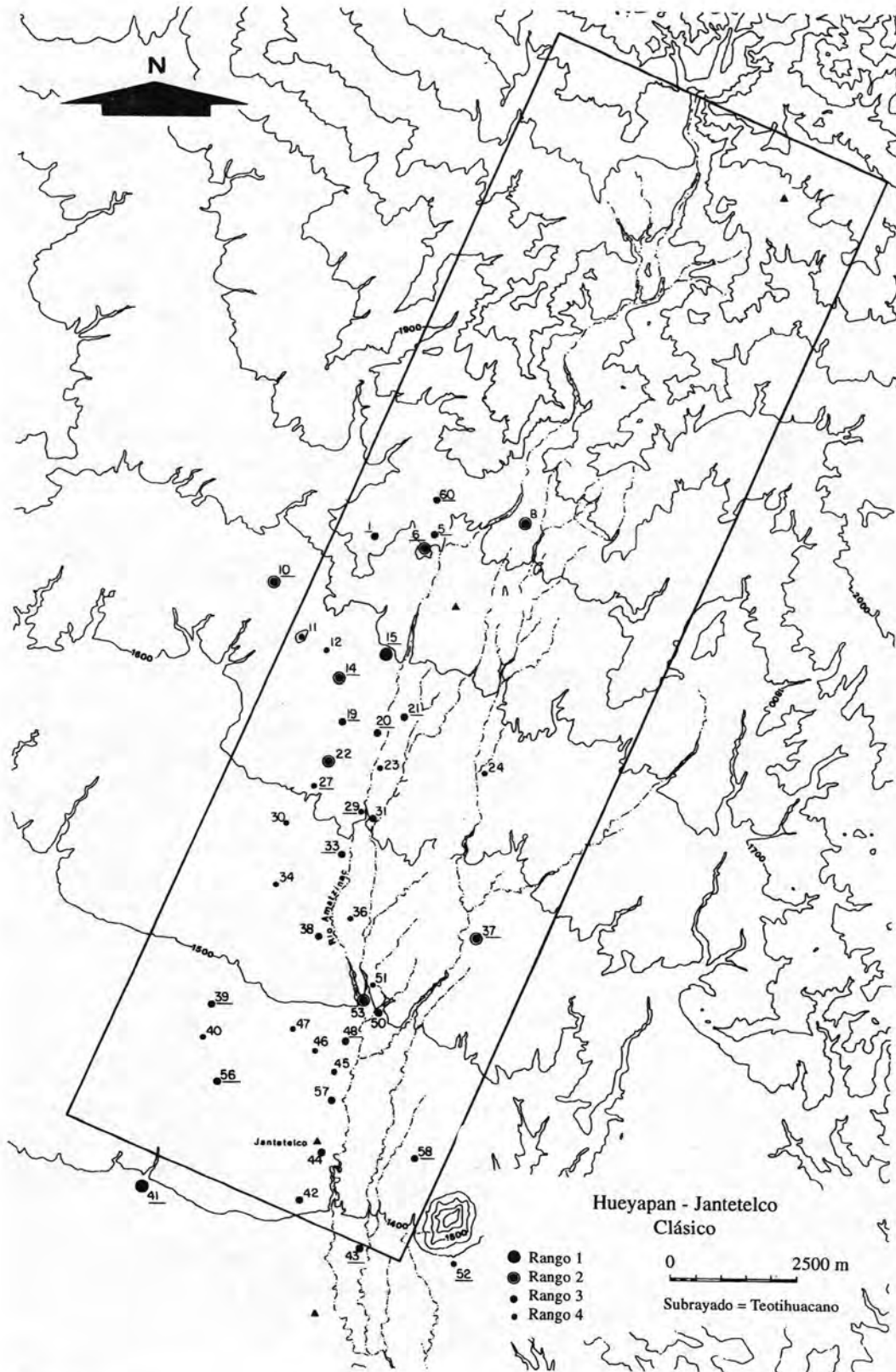
La selección de las dos primeras áreas citadas obedeció al interés que se tenía por contrastar una zona que considerábamos de alto potencial agrícola con otra relativamente marginal. La idea era que, de haberse producido un éxodo teotihuacano de la manera prevista, es decir, en condiciones de desventaja (pues, tratándose de un acto de resistencia, el grupo migrante renunciaba a todo apoyo del centro urbano) debía esperarse que la zona de Yautepec-Yecapixtla, con sus suelos profundos, sus muy escasas posibilidades de heladas y sus aguas permanentes y más accesibles, pero también más poblada y de tierras más disputadas, debía haber sido la menos propensa a recibir población externa. Lo contrario habría que esperar de la franja de Hueyapan-Jantetelco. La razón de la tercera área fue la de crear una especie de gran transecto que mostrara el continuo de la transformación cultural que se esperaba apareciera mayor a medida que se incrementaba la distancia entre los grandes centros de población de la Cuenca de México, en especial desde Teotihuacan y los valles de Morelos.

Los recorridos que se hicieron en estas tres áreas se apoyaron en la interpretación de su foto aérea: en el caso de Yautepec-Yecapixtla y del Corredor Sur, la escala de la foto fue de 1:25,000; en el caso de Hueyapan-Jantetelco, de 1:9,000. La estrategia fue la de sobremarcar sitios por verificar; entre otras cosas esto implicó el revisar en campo no sólo alteraciones visibles en foto que podían atribuirse a la presencia de restos arqueológicos, sino también las posiciones que, aunque no mostraran en foto alteración alguna, eran, por su potencial ambiental, propensas a contener una ocupación prehispánica. La estrategia difiere de la seguida, por ejemplo, por Sanders *et al.* en la Cuenca de México y por Hirth alrededor de Chalcatzingo, los cuales optaron por recorridos en desplegado: la idea en estos trabajos fue la de lograr una "cobertura total" con base en un "peinado" del terreno, utilizando la foto aérea sólo como medio complemen-

tario de identificación y auxiliar en el registro de sitios. La estrategia por la que optamos en el noreste de Morelos había sido puesta en práctica en el sur de Querétaro y en el sur de Guanajuato en condiciones ambientales, de visibilidad y de tipo de alteraciones de paisaje muy similares a las del noreste de Morelos. En el caso del sur de Guanajuato pudimos contrastar los resultados obtenidos con esta estrategia de trabajo de superficie con los producidos por un muestreo estadísticamente válido con base en transectos seleccionados de modo aleatorio sobre un área estratificada de 1 000 km². La comparación de los universos recuperados por ambos caminos mostró una confiabilidad cercana a 100% para la estrategia de fotointerpretación y verificación mencionada.¹⁹

La prospección arqueológica permitió recuperar 115 sitios en la franja Yautepec-Yecapixtla (51 de los cuales quedaron sin muestrear),²⁰ 60 en la de Hueyapan-Jantetelco,²¹ y 99 en el Corredor Sur.²² Las conclusiones generales que se alcanzaron mediante el análisis de los sitios y de los materiales contenidos en estas franjas fueron inesperados. Primero, se encontró que la diferenciación, hecha a priori, entre franja privilegiada y franja marginal, era insostenible. En términos de densidad y tamaño de sitios, no existía diferencia significativa entre Yautepec-Yecapixtla y Hueyapan-Jantetelco. Esto sugería que nuestra primera evaluación sobre potencial agrícola de una zona con respecto a la otra era incorrecta, y que otras variables debían ser consideradas para dar cuenta de diferencias en ocupación. Se podía haber pensado que lo que sucedía era que ambas franjas habían operado en todo momento bajo condiciones de alta presión demográfica; esta propuesta resultaba inaceptable a la luz del débil poblamiento que se dio en la región hasta el Epiclásico; en resumen, el análisis de área de captación de sitio, realizado en Hacienda Calderón para el Clásico, no permite aceptar esa hipótesis alternativa.²³

Lo segundo que llamó la atención en los recorridos sobre las franjas mencionadas fue que, comparada con la de las áreas trabajadas en el



● Fig. 2 Hueyapan-Jantetelco, Clásico

sur de Querétaro y sur de Guanajuato, la intensidad de la ocupación compuesta de grupos sedentarios en el noreste de Morelos, tomada como el número total de sitios de sus diferentes periodos, resultaba ser 2.5 veces mayor. Si se tiene en cuenta que en esas áreas norteñas las primeras comunidades agrícolas sedentarias son del Formativo terminal; que su secuencia de ocupación sedentaria se interrumpe hacia los años 1100-1200 d.C., y que la ocupación más intensa del noreste de Morelos se da a partir de esta última fecha hasta el momento de la Conquista española, resulta que la población prehispánica del noreste de Morelos no fue significativamente mayor que la de una región para la que se ha postulado una situación de marginalidad.

Lo más sorprendente fue la muy escasa “presencia teotihuacana” en las áreas recorridas. Comparada con las expectativas, resultaba prácticamente inexistente. En la franja de Yautepec-Yecapixtla, un sólo sitio podía calificarse de tener filiación teotihuacana: Hacienda Calderón; en el Corredor Sur, otro: Tepetlixpa, y tres más con posibilidades: San Mateo Tecalco, San Mateo Cuecucuatitla y Los Cerritos, entre Ozumba y Chimalhuacan, todos en el Estado de México. En la franja de Hueyapan-Jantetelco no se encontró ninguna que respondiera a esa característica. Esto significaba que, de haber existido movimientos poblacionales desde Teotihuacan hacia afuera de su dominio como respuesta a la opresión tributaria, éstos debieron haber operado, a nivel de individuos o de familias y no de comunidades o segmentos importantes de ellas. Como estas aseveraciones parecen contradecir las observaciones aquí presentadas de Angulo y Hirth, es necesario hacer más explícita la definición particular de “presencia teotihuacana” con que se trabajó.

Distinguimos dos fenómenos culturales: uno, que podría calificarse como “situación teotihuacanoide”, se refiere a imitaciones o a la integración de rasgos teotihuacanos en una matriz cultural local; se trataría de la inserción en la “moda generalizada” del Clásico, dominada por Teotihuacan. La situación se interpreta como conse-

cuencia de la integración de los valles de Morelos —como tantas otras regiones lo hicieron— a la amplia esfera ideológica que suscribió y caracterizó la Mesoamérica del Clásico o de adopciones cuya justificación se localizaría en el campo de lo político. En este caso la manifestación cultural no implica la incorporación del receptor al sistema de tributación controlado por el donante o, en general una relación de sujeción.

Otra cosa distinta sería lo que llamaríamos una “situación teotihuacana”; en este caso se trataría de la presencia de materiales arqueológicos de fabricación teotihuacana o puestos en circulación por el centro urbano. Tratándose de una “situación teotihuacana” es necesario hacer una distinción en función del peso relativo que esos materiales tienen con respecto al total de los materiales que se manifiestan en el sitio. Cuando ese peso es insignificante la “situación teotihuacana” puede interpretarse como producto de comercio; tratándose de bienes de prestigio, ese comercio puede ser indicador de la existencia de creencias compartidas, pero no de una relación de dominación “material”. En este tipo de situación de intercambio la presencia relativa de los materiales teotihuacanos en Morelos no tienen por qué ser igual a la que existe en Teotihuacan; por otro lado, puede darse sin producir un remplazo de rasgos culturales locales y, viceversa, la evolución hacia formas compartidas puede producirse en un contexto de autonomía económica y política locales.

Cuando los materiales teotihuacanos se encuentran dispersos en buena parte del sitio y se manifiestan en altos porcentajes en la totalidad o un segmento importante del mismo, es posible calificar la “presencia teotihuacana” como “presencia” en sentido estricto. Para que esa dispersión y densidad de materiales se produzca, la cantidad de individuos con origen en Teotihuacan debe ser tal que justifique producirlos de modo local. Desde luego, debe darse la condición de que en el grupo migrante existan artesanos que puedan hacerlo. Una u otra cosa, por separado, no llegaría a producir una dispersión de material teotihuacano en altos porcentajes sobre un

sitio no-teotihuacano: un artesano migrante, aislado, no tendría para quien producir, al menos en cantidades apreciables, a no ser que se integrara a la producción de artefactos de tradición local o limitara su producción a “tipos” específicos que entrarían en la categoría de bienes de prestigio. Movimientos migratorios de personas o de familias aisladas no son detectables. Debe señalarse que bajo una situación de estricta “presencia teotihuacana”, no debe esperarse encontrar el espectro completo de tipos culturales; dado el aparente alto grado de especialización que se dio en Teotihuacan, es más plausible el que sólo una fracción de ese espectro se manifieste en el destino del grupo migrante.

Es a este segundo tipo de fenómeno al que me refiero cuando indico que sólo dos sitios teotihuacanos fueron localizados en nuestros recorridos sobre las franjas de Yautepec-Yecapixtla, Hueyapan-Jantetelco y el Corredor Sur. Debe admitirse que la distinción y caracterización de las situaciones teotihuacanoide y teotihuacana son propuestas de sentido común. Que conozca, no existe información arqueológica o etnográfica sobre la cual apoyarlas: el estudio de los mecanismos responsables por la dispersión de materiales en situaciones de este tipo no ha sido realizado; el camino parece ser la observación del comportamiento de comunidades migrantes modernas, la experimentación y la simulación. Mientras, el sentido común no es desdeñable.

Desde luego, hay otras formas de distinguir lo teotihuacanoide de lo teotihuacano. Todas son proposiciones de sentido común. Lo que las diferencia entre sí es el tipo de problema que se investiga. Hirth, por ejemplo, en su trabajo mencionado de prospección alrededor de Chalcatzingo, aisló lo teotihuacano con base en una lista de rasgos y tipos cerámicos, elaborada con la intención de dar cuenta de relaciones de intercambio y de “influencias” que pudieran exponer las relaciones de dominación entre Teotihuacan y la región que estudiaba. Este tipo de manejo suele hacer a un lado consideraciones sobre densidad de los materiales de origen externo —o producidos bajo patrones no-autócto-

nos— por relación a los contemporáneos de manufactura local: la simple presencia de un tipo cerámico contenido en la lista de rasgos definitoria clasifica al sitio en toda su extensión como teotihuacano. Esto produce importantes distorsiones del patrón ocupacional: un análisis espacial que parta de la información producida de esta manera, resulta un esfuerzo inútil.

En la figura 2 muestro el patrón de asentamiento derivado del análisis de material cerámico adscribible al Clásico en la franja de Hueyapan-Jantetelco;²⁴ en esa misma figura se indica cuáles son los sitios que, siguiendo una lista similar a la utilizada por Hirth como base de discriminación, tendrían filiación teotihuacana. El total de asentamientos del Clásico para la parte media del Amatzinac es de 42. Dos de ellos destacan por su magnitud: el 41, Amayuca, parece ser equivalente en extensión y arreglo general de sus edificios —aunque de monumentalidad menor— al sitio de San Ignacio; el 15, Zacualpan, es, por su extensión, el mayor de todos. Ambos sitios aparecen en la figura 2 con el rango superior de 1 (área del sitio mayor de 0.6 km²), aun cuando en el caso de Zacualpan las evidencias reconocibles en superficie sugieren que el sitio pudo haber carecido de un conjunto cívico-ceremonial de importantes proporciones.²⁵ Abajo de este rango existen siete sitios con extensión entre 0.3 y 0.1 km² (rango 2); 18 de 0.01 a 0.1 km² (rango 3); y 15 con áreas cubiertas inferiores a 0.01 km² (rango 4).

Si se empalma el mapa de la figura 2 con el producido por Hirth y Angulo²⁶ para el Clásico del área vecina al sur, se notará que los sitios de primera magnitud se extienden hacia el norte de Chalcatzingo dentro de un continuo de asentamientos de diversos tamaños que, por cierto, escapan a todo intento de geometrización. Al este y noreste de Tlacotepec aparecen San Felipe y San Juan Amecac, este último ya en el estado de Puebla (no muestreados durante los trabajos en la franja y, por tanto, no incluidos en el mapa de la figura 2); ambos son de proporciones comparables o mayores a las de San Ignacio, Amayuca o Zacualpan. El conjunto de sitios muestra, en

efecto, una fuerte inclinación a una localización próxima al Amatzinac; debe notarse, sin embargo, que Amayuca está a tres kilómetros al poniente del Amatzinac, distancia demasiado grande para apoyar la idea de que en el Clásico se dio una transformación generalizada hacia una agricultura de riego; los emplazamientos de San Felipe y San Juan Amecac, aún más alejados de un drenaje perenne de importancia, tampoco apoyarían la tesis.

Debe señalarse que de los 42 sitios registrados en la franja Hueyapan-Jantetelco, sólo en uno, el núm. 48, se encontró cerámica Naranja Delgado; en uno más, el núm. 39, cerámica engobada con Rojo Hematita Especular; y en otro, el núm. 14, cerámica extensamente producida en Teotihuacan en la fase Tlamimilolpa. Los demás sitios que mostramos en el mapa como afiliados a Teotihuacan han sido caracterizados como tales —siguiendo a Hirth— por la presencia de cerámica Rose Granular y ciertas formas de vasijas y apéndices como vasos y soportes anulares. Hay que advertir que la cerámica “granular” difícilmente puede postularse como indicador de una relación siquiera comercial entre Teotihuacan y Morelos (quizá lo contrario tiene más posibilidades de ser cierto); por otro lado, el soporte anular es un atributo generalizado en la época al que no puede apelarse para definir otra cosa que no sea la adopción de una moda general del Clásico. Aún contabilizando estos materiales de origen dudoso y ajenos a la esfera teotihuacana, el total de cerámica de supuesta filiación teotihuacana sería inferior a 5% del total. Si se compara esta situación con la del área del Amatzinac más al sur, resulta obvio que en el Amatzinac medio no se tiene, independientemente de los parámetros utilizados, una “situación teotihuacana”. El área bajo control de San Ignacio resulta ser un área aislada, al menos geográficamente, del dominio teotihuacano. Sería, de esta manera, un sitio más, fuera del área teotihuacana central —si pudiera llamarse así— que, al igual que Hacienda Calderón, Tepetlixpa y Las Pilas, requiere ser explicado.

De los dos sitios teotihuacanos encontrados en los recorridos de las franjas mencionadas, Hacia-

da Calderón, un asentamiento de tamaño medio localizado a corta distancia al este de Cocoyoc, fue el sitio con evidencias más claras de un desplazamiento de población teotihuacana. Su emplazamiento resulta ideal en cuanto a factores asociados con la agricultura: los suelos son profundos, ricos en nutrientes y de buena plasticidad; la pendiente general del terreno suave, de manera que no se requieren controles de erosión como terrazas o bancales; las heladas son inexistentes y el agua está asegurada por manantiales que se encuentran en el sitio así como por un arroyo que drena escurrimientos del Popo y que parece haber sido de tipo perenne en la época prehispánica. Los manantiales y la poca altura desde la superficie de los campos al espejo de agua del arroyo permiten la agricultura de riego sin recurrir a costosas obras de desvío, canalización o represamiento.

Al pie de los derrames basálticos del grupo Chichinautzin, y al oriente de largas costillas de rocas sedimentarias de las formaciones Mexcala y Cuautla, quienes poblaron el sitio de Hacienda Calderón tuvieron acceso inmediato a buenos materiales de construcción: piedra y cal, así como a buenos bancos de barro para la manufactura de adobes y cerámica. Hoy día el área se caracteriza por la profusión de pequeñas ladrilleras y adoberas (algunas de las cuales aprovechan el adobe revertido de los derrumbes de las construcciones prehispánicas), así como por la intensa explotación de calizas para la producción de cal. Hasta hace poco, con la entrada a la región de grandes fábricas con costos de operación menores, la cal era producida por una gran cantidad de pequeñas caleras que operaban como empresas familiares. La obsidiana, ausente en la región, tenía que ser importada, sobre todo, desde la Sierra de las Navajas; buenos sustitutos, se encuentran profusamente en toda el área: pederrenal, cuarcita, basalto de grano fino y riolita. Todos ellos, excepto la última, cuya fuente más cercana se encuentra en el valle del Apatlaco, son materiales disponibles en cantidades abundantes y de buena calidad en las inmediaciones del sitio arqueológico. Otro recurso básico al cual quienes poblaron Hacienda Calderón no tuvie-

ron acceso inmediato fue la sal, que se introdujo al área desde Tehuacán, Tonaltepec, incluso, desde la Cuenca de México.

A juzgar por la información contenida en un mapa de principios del siglo XVIII, Hacienda Calderón debió haberse encontrado en medio de una sabana con guamúchiles en abundancia; las buenas posibilidades que ese hábitat habría ofrecido a la caza se complementaban con las del bosque mixto que se abre a espaldas del sitio y, en menor grado, con la de los cuajotales sobre las costillas de rocas sedimentarias que corren norte-sur. Estos últimos parecen haber sido intensamente explotados como fuente de suministro de leña para la preparación de alimentos y la calcinación de piedra caliza: así lo sugiere el contenido de un horno de cal que se excavó en el sitio arqueológico.

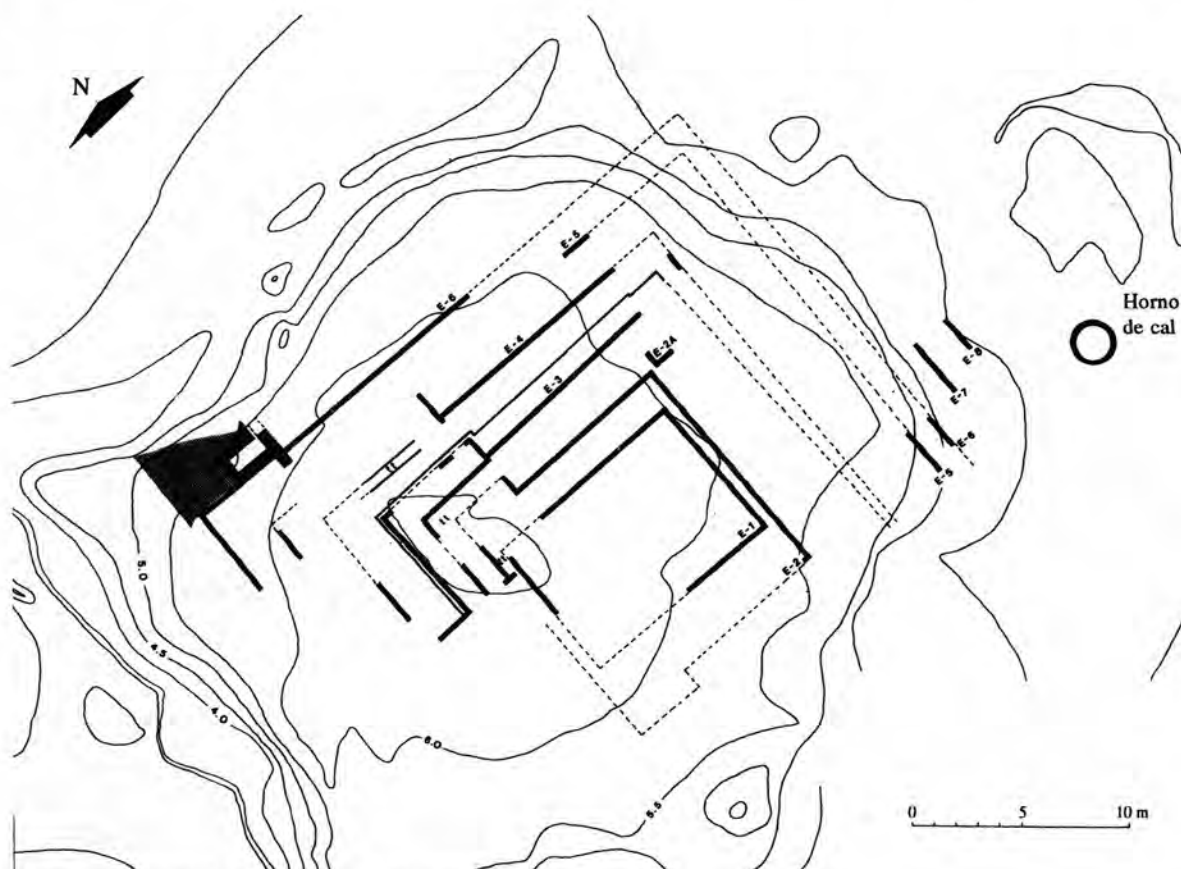
Si se comparan los emplazamientos de Hacienda Calderón y Teotihuacán, llama la atención la cantidad de características ambientales que comparten. Ambos están al pie de derrames basálticos, en un área de alta variabilidad ecológica, de frente a suelos fértiles, contiguos a manantiales y en el contexto de una región simbiótica. Esta similitud general apoya la idea de que en Hacienda Calderón los migrantes habrían buscado replicar las condiciones más favorables posibles de su lugar de origen.

La ocupación más temprana en Hacienda Calderón data del Formativo medio. El material recuperado de ese periodo es escaso; es más abundante que el correspondiente al Formativo tardío y terminal. Constituyen, en conjunto, casi 5-10% del material de superficie recolectado en la totalidad del sitio, y 15% del material recuperado por excavación de una de las estructuras principales del sitio. Con base en los materiales cerámicos es posible postular que el sitio se afilia, en el Formativo, a una esfera local: la tipología construida por Cyphers para Chalcatzingo²⁷ permite la identificación de todos los tipos de Hacienda Calderón, cosa que no sucede sino marginalmente cuando se utiliza como material de comparación a los tipos cerámicos

de la Cuenca de México. Esas primeras ocupaciones se localizaron en medio del área delimitada por los tres manantiales de la localidad.

La historia ocupacional de Hacienda Calderón muestra un *hiatus* en el Clásico temprano. Dada la situación de excepción del sitio en cuanto a recursos básicos, el *hiatus* no deja de sorprender. El sitio es reocupado hacia la fase de Tlamimilolpa tardío²⁸ de la secuencia teotihuacana y alcanzó su máximo desarrollo hacia finales del Clásico y el Epiclásico, momento para el cual la población debió haber andado cerca de los 1 000 habitantes.²⁹ Después de un segundo *hiatus*, el sitio fue reocupado en el Postclásico tardío; el centro de gravedad del sitio se localizó en Xochimilcatzingo, un poblado a casi un kilómetro al norte del asentamiento del Clásico. Según los habitantes de Tetelcingo, Xochimilcatzingo fue fundado por sus antepasados después de haber abandonado un primer asentamiento en un lugar próximo al casco de la hacienda de Calderón, lugar donde no hemos encontrado evidencia arqueológica de ocupación prehispánica. Es posible que Xochimilcatzingo haya sido el nombre del pueblo prehispánico al cual pertenecen los abundantes restos de cerámica tlahuica y mexica que se encuentran en el pueblo moderno. A juzgar por su toponimia, seguramente fue, al menos en parte, de filiación xochimilca. En documentos coloniales del pueblo aparece con ese nombre. La cimentación de su pequeña iglesia, hoy en ruinas, se apoya sobre la pirámide principal del conjunto arquitectónico mayor de la época mexica-tlahuica.

El cambio de centro de gravedad del sitio no implicó una desviación del patrón de preferencias: los manantiales y el arroyo que drenan los escurrimientos de la Sierra Nevada siguieron siendo los puntos de anclaje del asentamiento. Lo que cambió fue el sentido de la expansión del sitio: mientras que en el Clásico fue hacia el sur y oeste de los manantiales (siguiendo los escurrimientos derivados de los manantiales), en el Postclásico tardío fue hacia el norte, siguiendo más bien, aguas arriba, los escurrimientos de la Sierra Nevada.³⁰ Sin conocer la posición exac-



● Fig. 3 Hacienda Calderón, plantas de edificios

ta de los campos de cultivo en cada una de estas épocas, no es posible asegurar que el cambio refleja, para el Clásico, una mayor dependencia de la agricultura intensiva. Lo que sí deja ver es una discontinuidad en la dinámica de la ocupación, lo cual tiende a confirmar el *hiatus* que encontramos en el análisis cerámico. Esa discontinuidad se ve también en cambios que aparecen en diversas prácticas: utilización del espacio, arreglo de unidades habitacionales, tradición cerámica, sistemas constructivos. La existencia de dos *hiatus*, aunada al hecho de que, en cualquier caso y a pesar del alto potencial agrícola de la zona, los asentamientos siempre fueron relativamente pequeños, apunta en el sentido de una gran tolerancia a la entrada de grupos con origen distante. Nada parece estar más alejado de la realidad que la idea de que la franja Yauteppec-Yecapixtla debió haber operado como zona de alta prioridad, de sobrepoblamiento y de poca tolerancia en relación a las pretensiones de asen-

tamiento de un grupo desplazándose desde Teotihuacan.

En Hacienda Calderón se excavó una estructura grande con la esperanza de encontrar la secuencia que correspondiera a la dinámica de integración de una población alóctona a la cultura local. Se pensaba que esa secuencia iba a mostrar una pérdida del patrón teotihuacano por absorción de rasgos locales y que, dado el carácter de ruptura de la migración, la velocidad bajo la que se produciría la transformación sería relativamente alta. Lo que encontramos fue una secuencia de nueve edificios.³¹ Ocho de ellos (E-1 a E-8) resultaron ser basamentos; los más tempranos (E-1 a E-3) debieron haber llevado en su parte superior un sistema de cuartos; los más tardíos (E-4 a E-8), un templo en su parte superior y pequeños cuartos adosados al basamento. El otro edificio (Sub), el más temprano, parece haber sido parte de un complejo habita-

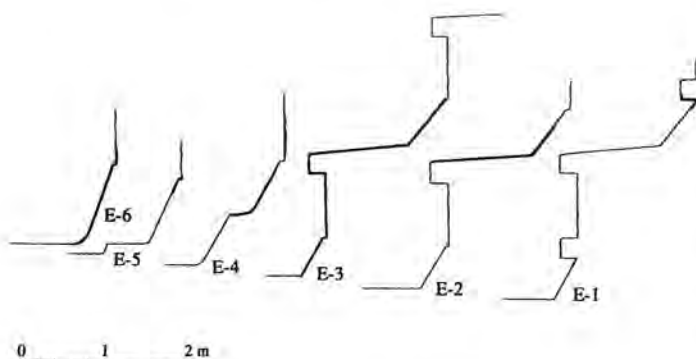
cional. Los basamentos no tienen regularidad en planta ni guardan un estricto paralelismo entre sí (véase la fig. 3); su orientación, en promedio, es de 4 grados al oeste del norte magnético del momento en que se realizaron las excavaciones, lo cual podría interpretarse como consecuencia de ajustes relativos al registro del movimiento del sol (la otra posible interpretación sería la de una falta de pericia en la ejecución del proyecto arquitectónico, lo cual resultaría incongruente con la relativa alta calidad del diseño general).

El perfil de estos basamentos muestra un talud-tablero; en el caso del basamento más temprano (E-1), el tablero está cerrado en su parte inferior; en los edificios más tardíos el tablero está abierto (véase la fig. 4). Ambos arreglos se encuentran en Teotihuacan, el segundo con mayor frecuencia. El talud-tablero abierto de Hacienda Calderón es similar en proporciones al encontrado en la estructura 1-B' en el interior de la Ciudadela en Teotihuacan;³² es similar al de varios edificios al oeste de la Calzada de los Muertos, cercanos al área de los llamados "Subterráneos". En E-2 se observa ya una desviación en proporciones y acabados de lo que podría llamarse la norma teotihuacana, en especial en el perfil del entrecalles que separa los cuerpos del basamento (ahora tiene un ligero curvamiento hacia abajo) y en la unión entre tablero y talud (reducido a un pequeño remetimiento). Así, es posible afirmar que a partir de E-2 la arquitectura de esta estructura en Hacienda Calderón tiene un desarrollo propio, afectado por estilos de origen local.

Las transformaciones correspondientes a los cambios del perfil básico y del diseño arquitectónico de la parte superior de los basamentos, tal vez marque, en Hacienda Calderón, el punto de cambio hacia un desarrollo propio, al margen de la comunidad de origen. El momento de esta transformación fue posible fecharlo por el contenido relativo de radiocarbono en una muestra extraída de un horno de cal asociado a E-5/ E-6 (construido para suministrar cal para recubrir los muros de E-6) y el *terminus post quem* dado por la cerámica contenida en los edificios.

La fecha de radiocarbono es de 913 d.C. \pm 55; la correspondiente al análisis cerámico es de 950 d.C. Considerando una separación de 30 años entre edificios consecutivos, y partiendo de la fecha de 950 para E-8, el punto de cambio estaría en 770-830 d.C. El distanciamiento temporal entre edificios y la transformación mencionada de patrón cultural estaría en concordancia con el fechamiento y tipología derivable de la ofrenda de cerámica encontrada en un entierro secundario asociado a una construcción posterior a E-1 y la cual manifiesta una fuerte asociación al patrón cultural teotihuacano (vasos cilíndricos, ollas trípodes, fondos planos, soportes anulares, soportes rectangulares perforados, etc.), aunque ya parece incorporar elementos de carácter aparentemente local. Con base en esta fecha se puede decir que sólo el primer tercio de la secuencia arquitectónica recuperada en esta excavación es pre"colapso teotihuacano"; el resto pertenece al Epiclásico. El material de los rellenos de los edificios confirma esta diferenciación: existe una primera época con cerámica del Preclásico medio y tardío incorporada en los rellenos de los diversos edificios, porcentualmente mayor en los más tempranos, proveniente de un área al este de la excavación donde se encontraron restos de habitación de esos periodos; mezclada con esa cerámica aparece el material de las fases Xolalpan y Metepec, porcentualmente mayor a medida que se avanza en la serie arquitectónica. En una segunda época, definible a partir de E-4, los materiales del Preclásico tienden a desaparecer al tiempo que hacen su entrada los del Epiclásico regional en porcentajes progresivamente más altos a costa de los del Clásico.

Si las muestras obtenidas en los nueve edificios son representativas del universo de materiales cerámicos utilizados en Hacienda Calderón durante el Clásico, entonces podría afirmarse que no sólo los tipos sino las proporciones relativas entre ellos son similares para Teotihuacan y para Hacienda Calderón. Esto es aplicable a la cerámica Naranja Delgado, lo cual no deja llamar la atención si se mantiene la tesis de una ruptura entre grupo migrante y comunidad de



● Fig. 4 Perfiles de edificios

origen. La razón posiblemente se deba a que la distribución de esa cerámica no fue un monopolio teotihuacano, al menos no en todas las épocas en que estuvo en circulación; centro alternativos de distribución o los productores poblados pudieron haberla introducido en el sitio. Debe señalarse que en Hacienda Calderón no se da la gama completa de tipos teotihuacanos; de hecho, algunos de los más conocidos están ausentes.³³

Con base en estos datos, la historia de Hacienda Calderón a partir del Clásico tardío sería: en una fecha posterior a 500 d.C. comenzó a constituirse en el sitio una colonia de teotihuacanos; llegaron como familias individuales, una tras la otra y en cantidad suficiente para justificar la producción de bienes propios de su lugar de origen y dar cierta continuidad, hasta una fecha próxima a 750 d.C., a la cultura material del centro urbano que abandonaban. La migración, de esta manera, no estaría vinculada, cronológicamente hablando, al "colapso teotihuacano": es anterior a él. Siendo así, el fenómeno tendría que entenderse como asociable a una expansión del área bajo control del centro urbano (consecuencia o no de una política de Estado) o a su proceso de desestabilización. El que la colonización se hiciera no como ampliación de un continuo sino más allá de las fronteras del dominio, da mayor viabilidad a la segunda posibilidad.

La colonia de teotihuacanos se estableció en tierras que en ese momento no estaban ocupadas. Se estableció en una región que, a juzgar por las diferencias formales en cerámica y por el tempestivo estrangulamiento en el suministro de obsidiana proveniente de la Sierra de las Navajas durante el Clásico, manifiesto en la sustitución generalizada de obsidiana por pederrenal y otros materiales (corriente que existió en el Preclásico y que se restableció en la época tlahuica-mexica),

no estaba sujeta a control por parte del centro urbano; esto les permitió un desarrollo autónomo, relativamente marginada de la dinámica cultural propia de Teotihuacan. Bajo la influencia de una cultura distinta, el grupo teotihuacano en Morelos se integró lentamente a la región y a su cultura. Su transformación cultural se debió haber completado por 700-750 d.C., hacia o poco antes del "colapso teotihuacano"; es a partir de ese momento que se puede decir que culturalmente los habitantes del sitio de Hacienda Calderón respondían ya a una filiación "morelense". Como grupo teotihuacano buscó reproducir las condiciones más favorables imaginables en términos del medio ambiente de su lugar de origen, así como la cultura material y el sistema de ideas básico del centro urbano.

Con el tiempo, con normas cada vez más relajadas, y quizá sin acceso a las nuevas técnicas que se desarrollaban en Teotihuacan, pronto entraron en un desfase y desvío cultural con respecto al centro urbano. El objetivo último se había logrado: la multiplicación de evasiones de este tipo impulsó la restauración de un equilibrio social y la prosperidad de las comunidades disidentes. Para los descendientes de esos migrantes se abrió un largo periodo de desarrollo independiente que no se interrumpió hasta la llegada a los valles de Morelos de los últimos grupos de migrantes nahuas del Postclásico.

¹Véase Arturo Warman, *...Y Venimos a Contradecir: los Campesinos de Morelos y el Estado Nacional*, México, Centro de Investigaciones Superiores del INAH (Ediciones de la Casa Chata), 1976.

²Véase Michael E. Smith, *Postclassic Culture Change in Western Morelos, Mexico: The Development and Correlation of Archaeological and Ethnohistorical Chronologies*, tesis doctoral, Urbana, University of Illinois, 1983.

³Francisco M. Rodríguez, "Descripción de la Pirámide llamada Casa el Tepozteco...", en *Actas de la Undécima Reunión, Congreso Internacional de Americanistas*, México, 14-23 de octubre de 1995, 1997, pp. 233-237.

⁴Eduard Seler, "Die Wandskulpturen im Tempel des Pulquégottes von Tepoztlán", *Congrés International des Americanistes, Quinzième Session*, Quebec, 10-15 de septembre de 1906, t. II, 1907, pp. 351-379.

⁵Román Piña Chan, *Chalcatzingo, Morelos*, Dirección de Monumentos Prehispánicos, Informes, 4, INAH, 1955.

⁶Eulalia Guzmán, "Los relieves de las rocas del Cerro de La Cantera, Jonacatepec, Morelos", en *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. 5a. Época, t. I, núm. 2, 1934, pp. 237-251.

⁷Carlo T. Gay, *Chalcatzingo*, Akademische Druck-u. Verlag Sanstalt, Graz.

⁸Román Piña Chan, *op. cit.*, 1953.

⁹Miguel Covarrubias, "Origen y desarrollo del estilo artístico olmeca", R.P. Gamboa (ed.), *Mayas y Olmecas*, Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centroamérica, Tuxtla Gutiérrez, SMA, 1942, pp. 46-49.

¹⁰Michael D. Coe, *America's First Civilization*, Nueva York, American Heritage, 1967.

¹¹Guadalupe Martínez Donjuan, *Archivo de Monumentos Prehispánicos*, Informe al Consejo de Arqueología, INAH, 1986.

¹²Véase Kenneth Hirth y Jorge Angulo Villaseñor, "Early state expansion in Central Mexico: Teotihuacan in Morelos", en *Journal of Field Archaeology*, vol. 8, 1981, pp. 135-150.

¹³Guadalupe Martínez Donjuan, *Las Pilas, Morelos*, INAH (Colección Científica, 75), 1979, pp. 44-56.

¹⁴Raúl Arana A., "Chalcatzingo en el Clásico y Postclásico", en *Seminario sobre Chalcatzingo*, IAA, 1973.

¹⁵Román Piña Chan, *op. cit.*, 1953.

¹⁶Véase Jorge V. Angulo y Kenneth Hirth, "Presencia teotihuacana en Morelos", en *Interacción Cultural en México Central*, UNAM (Serie Antropológica, 41), 1981.

¹⁷William T. Sanders, Jeffrey R. Parsons y Robert S. Santley, *The Basin of Mexico: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Academic Press, 1979.

¹⁸Armillas, por ejemplo, ha sugerido la existencia de una expansión de la frontera norte de Mesoamérica durante el Clásico como resultado de un proceso de colonización con origen en el Centro de México (presumiblemente Teotihuacan) que aprovecharía las nuevas oportunidades abiertas por un cambio climático hacia condiciones más húmedas. Véase Pedro Armillas, "Condiciones ambientales y movimientos de pueblos en la frontera septentrional de mesoamérica", en *Homenaje a Fernando Márquez-Miranda*, Publicaciones del Seminario de Antropología Americana, Universidades de Madrid y Sevilla, 1964, pp. 62-82.

¹⁹Enrique Nalda, "Descripción y evaluación de un muestreo de área en el Lerma medio", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXXII, Arqueología de Superficie, México, SMA, pp. 79-105.

²⁰Enrique Nalda, *Proyecto Morelos. Informe No. 1 al Consejo de Arqueología*, 2 vols., Archivo de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1980.

²¹*Idem.*

²²Adriana Velázquez Morlet, Edmundo López de la Rosa y Enrique Nalda Hernández, *Informe No. 5 al Consejo de Arqueología (Proyecto Morelos)*, Archivo de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1986.

²³Mariana Arguimbau Casabianca, *El Sitio Hacienda de Calderón: Población, Patrón de Asentamiento y Análisis Territorial*, tesis de licenciatura, ENAH, 1986.

²⁴La cobertura completa, incluida en la recolección de material de superficie, llegó hasta Tlacotepec; de ahí que en el mapa aparezca sin registro la porción entre Tlacotepec y Hueyapan.

²⁵Como se indicó, el total de sitios localizados en la prospección de la franja Hueyapan-Jantetelco fue de 60. El número total de puntos de recolección de material sobre ese conjunto de sitios fue de 413. La colección de cerámica "diagnóstica" analizada fue superior a los 2 000 fragmentos. La extensión de cada uno de los sitios para el Clásico fue establecida como el producto de multiplicar el área cubierta por el material cerámico por el cociente resultante de dividir el número de puntos de recolección en que aparecía el material del Clásico entre el número de total de puntos de recolección que se fijaron para el sitio en particular.

²⁶Kenneth Hirth y Jorge Angulo Villaseñor, *op. cit.*, 1981.

²⁷Ann Marie Cyphers de Guillén, *The Preclassic Ceramic Chronology at Chalcatzingo, Morelos, Mexico: Implications for Internal Growth and External Contacts*, tesis de maestría, University of Wisconsin-Milwaukee, 1975.

²⁸Arguimbau, *op. cit.*, 1986.

²⁹*Idem.*

³⁰*Idem.*

³¹Enrique Nalda et al., *Proyecto Morelos, Informe No. 4 al Consejo de Arqueología: Excavaciones en el Sitio de Hacienda*

Calderón, vol. 1, Archivo de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1982.

³²Véase Rubén Cabrera C., "La excavación de la Estructura 1B' en el interior de la Ciudadela", en *Memoria del Proyecto Arqueológico Teotihuacan 80-82*, vol. 1, INAH (Colección Científica, 132), 1982.

³³Todos los tipos que hemos registrado para la ocupación clásica de Hacienda Calderón son réplicas en pasta, acabado, forma y técnica y motivos decorativos de los que se encuentran en Teotihuacan. En este sentido no es posible hablar de cerámica teotihuacanoide. Lo que se tiene son tipos teotihuacanos producidos localmente y diferenciables de aquellos otros que existen contemporáneamente en el área y que, si bien acusan la influencia de una 'moda' teotihuacana sólo se da como variaciones al interior de una persistente tradición local[...]. En Hacienda Calderón, sin embargo, no se da el espectro completo de tipos, tal como se manifiesta en Teotihuacan. No tenemos, aparentemente, braseros, anafres con tres protuberancias, tapas de vasos, floreros, candeleros, vasos efigie, cajas rectangulares y flautas; las ánforas, ollas efigie y copas aparecen en nuestra colección en cantidades muy reducidas; no tenemos las técnicas de excavado, negativo y 'al seco'; no tenemos, finalmente, la gama completa de representaciones y motivos que aparecen en Teotihuacan en pastillaje, incisión, plano y bajo relieve, excavado y 'al seco'. Tomadas estas ausencias en su conjunto parecería que se trata de una falta de manejo de las técnicas más sofisticadas, así como un rechazo hacia la producción de ciertas formas que, como el candelero, pueden tener connotaciones ideológicas[...]. La situación puede interpretarse como una consecuencia del hecho de que en Teotihuacan ciertos tipos cerámicos —o, concretamente, ciertas técnicas— son de dominio restringido, posiblemente manejadas por especialistas, mientras que el conocimiento básico asociado a la producción alfarera es común a toda la población y, si no conducida a nivel familiar, sí a nivel de grupo corporado o complejo habitacional." Enrique Nalda *et al.*, *Informe No. 3 al Consejo de Arqueología: Excavaciones en el Sitio Hacienda Calderón*, vol. 1, Archivo de Monumentos Prehispánicos, INAH, 1982.

